

¹⁹²³ *¡Justicia!*

SEMANARIO NACIONAL INDEPENDIENTE ^D 1937-0



El alto Comisario civil, Sr. Silvela, con su paradójico traje de militar, expresa las confusas y contrarias iniciativas de una política, que no sabe definitivamente lo que quiere.

30%

SEMANARIO NACIONAL INDEPENDIENTE

Director: Eduardo Ortega y Gasset

SE PUBLICA LOS JUEVES

Redacción y Administración: Puerta del Sol, 6. Teléfono 6016-M.

Número suelto: 30 céntimos.

Suscripción en provincias, 4,50 pts. trimestre.

Anuncios según tarifa.

Palabras de gratitud y confidencias

Constituye para nosotros obligación, que por lo grato que nos es cumplirla, más bien la consideramos como derecho, dar al público las gracias por la acogida que ha dispensado a ¡JUSTICIA! Los optimismos con que fundamos este órgano de opinión han sido superados con creces, puesto que en el mismo día que publicamos su primer número, y aun antes de mediar habíamos agotado su edición. Ello nos alienta y acrece los entusiasmos con que hemos decidido ponernos a las órdenes inmediatas de los españoles conscientes y libres. La austeridad de nuestros propósitos, la independencia completa y absoluta, de la cual no queremos alardear, sino más bien remitir al lector a estas páginas, impregnadas del hondo amor a España y a su progreso, no han de verse deformadas ni limitadas en ningún instante, ni por aspiración alguna de política, que desdénamos, ni por móvil que no sea el legítimo de defender los intereses generales.

Este periódico no tiene contacto alguno, ni de empresa ni de otro orden, con ningún personaje político. Es la obra de un grupo de escritores, llenos de fervor al contemplar el renacimiento de la conciencia española que supone el enérgico deseo de exigir responsabilidades, los que acudirán a estas páginas, como a un confesionario de sus íntimos anhelos, y de ellas podrá recoger el público la verdad, diáfana y palpitante, sobre los problemas del momento. El director de esta publicación, que es también su propietario, brinda íntegramente esa propiedad al público, y la considera como un depósito sagrado que éste le confía.

Si los españoles quieren pugnar por que su país no sea fácil presa de las pequeñas ambiciones que degradan y corrompen su vida, deben sostener a ¡JUSTICIA! Nuestros compradores son nuestros únicos accionistas, convencidos de que para tener un pleno derecho a la verdad, imperioso es dar elementos para poder sustentar una iniciativa, que sólo de ellos puede esperar los medios.

La libertad de imprenta, por las características de la vida moderna y su mecanización económica, ha llegado a ser una falacia. Hoy no se puede fundar un gran diario sino con varios millones de pesetas. Luego, para ejercitar ese cacareado derecho, necesario es previamente poseerlos. Véase por este irrefutable argumento cómo queda excluido el pueblo de tan esencial facultad.

El único medio, aun al alcance de personas modestas, de crear un órgano, sin otra

empresa que los lectores ni más auxilio que el de los españoles sensatos y dispuestos a no dejarse engañar, a comprender que para oír la verdad, tan perseguida por todos y que sólo amargas produce en nuestro régimen, construido con ficciones, es indispensable ayudar a ello, es el que nosotros ponemos en práctica con ¡JUSTICIA! Una cooperativa del público para sostener a nuestra señora la Verdad. Es obra de profesionales, y no de empresarios.

Queremos anticiparnos con estas manifestaciones, en las que mostramos toda nuestra intimidad, a los comentarios que en los corrillos políticos suelen saludar el nacimiento

de todo periódico, atribuyéndolo a diferentes finalidades.

Las nuestras, que dejamos consignadas, suponen confianza en la sensibilidad del público, que sabrá estimar y proteger el propósito de servirle, confianza que hemos visto premiada desde el primer número.

Los lectores tienen una plena garantía de que no pueden tampoco ser defraudados. Les sobra perspicacia para ver si alguna vez nos apartamos del sendero emprendido; y entonces, con abandonarnos, con mostrarnos su desvío, nos habrá impuesto el castigo que más puede amargar a los que militamos en esta noble profesión.

La moral del delincuente

¡Qué fácil es procesar, sentenciar y llevar a la cárcel a un periodista! Por una sola frase, un fiscal lo denuncia, un juez lo encausa y un tribunal, activo y severo, lo manda a presidio. Inútil será que demuestre que su intención fué honrada, que no se lucró con su juicio erróneo, que no causó mal irreparable. A sus alegatos se opondrá la supuesta necesidad de salvar a la sociedad, que no



puede quedar expuesta al vilipendio, ni al desorden, por la ofuscación o torpeza de un desdichado foliculario.

¡Qué difícil es procesar, sentenciar y llevar a la cárcel a un gobernante o a un cau-

dillo! Demostrado que, durante su gestión, se arruinó la Hacienda, se dilapidó el presupuesto, se llevó a la nación a una guerra estéril, se cubrió de cadáveres el suelo africano, que bajó el nivel de la cultura hasta convertirse en barbarie, que él se enriqueció rápidamente, mientras se cubrían los campos de luto y de miseria, que la nación entera lo acusa y que persiste en su ceguera o su indiscutible malicia, el fiscal y los tribunales tropezarán con su inmunidad, las Cortes con su poderosa influencia, las Comisiones investigadoras con su poder omnímodo. A los clamores universales se opondrá la supuesta exigencia de no desprestigiar el principio de autoridad, de no quebrantar los fundamentos del orden público, de no dejar a merced del juicio, precipitado o sereno, de las masas los más elevados y deslumbradores prestigios.

Recuerdo que, no hace mucho tiempo, un periodista, modelo de bondad, de desinterés y de imparcialidad, ingenuo y pobrísimamente, quedó, por ausencia del director, encargado, durante unos días, de la confección de un popular diario. Una noche, fatigado de una labor de catorce horas, necesitado de original, tomó, al azar, una noticia de otro periódico, que se imprimía en los mismos talleres. El suelto fué considerado calumnioso por un particular; dió lugar a una querrela,

a un largo litigio y, por fin a la condena del diario a una indemnización enorme. Vuelto el director asumió la responsabilidad criminal, porque era también hombre digno; pero el infeliz periodista se vió menospreciado y cayó en tan gran abatimiento, al verse objeto de desprecio y culpado de tanto desastre, que decidió acabar con su ya penosa existencia y la puso fin mediante el suicidio. De nada era culpable; pero se le condenaba a la miseria y al desdén. No pudo soportar semejante injusticia. ¡Oh pobre, infortunado e inolvidable amigo! ¡Qué triunfo el del juriconsulto que te arrojó a la eterna sombra!

Decidme ahora cuántos ministros dilapidadores o defraudadores, cuántos caudillos que abandonaron sus huestes a la indefensión, cuántos administradores infieles, cuán-

tos ladrones disimulados han sufrido condena material ni moral. Exigirles responsabilidad parece locura; pedir siquiera su pública justificación empresa temeraria. No hay temor de que se suiciden. Tienen derecho a vivir y a gobernar; para eso son ungidos; por algo no han tenido que pasar las noches en vela, preparando una labor educadora diaria, a cambio de un pequeño jornal y de una gran satisfacción íntima, para los soberbios incomprensibles.

Alguna vez he visitado la Cárcel Modelo y, a través de los hierros del locutorio, he estrechado manos limpias y enérgicas; he visto los semblantes pálidos y nobles de Alfredo Calderón, de Castrovido, de Araquistáin, de Cristóbal de Castro y de otros generosos luchadores. Los guardianes me miraban rece-

losos. ¿Sería yo un cómplice? Mis amigos veían que la autoridad era con ellos inflexible y yo pensaba que, alguna vez, yo mismo encerrado en una celda, por el grave delito de cometer una incorrección de lenguaje o no haber dominado lo bastante la indignación producida en mi alma de niño sesentón, ante el llanto de tantas madres, de tantos ancianos y niños y ante los espectros de tantos soldados asesinados por la espalda.

Y bien: si esto ocurre, iré tranquilo adonde se me lleve. Hay mucha diferencia entre esquivar una responsabilidad y afrontarla; entre servir a la equidad o hacerla objeto de profanación; entre cubrir la tierra de muertos o saber, con un alarido de justicia, ponerlos en pie.

ANTONIO ZOZAYA

LA JUSTICIA ESPAÑOLA

Sensibilidad ciudadana

Aquel *fiat jus et ruat coelum* de los romanos se diría encarnado en nuestro genio áspero, seco y duro. La justicia implacable ha dejado en nuestra historia abominables páginas de sangre y vergonzosas páginas de oprobio. El hacha del verdugo segó las cabezas más ilustres y más nobles, y en la infame horca se ostentaron, a veces, cual gloriosos trofeos, los restos de caballeros y de próceres. La razón de Estado, el furor inquisitorial y la vindicta pública engendraron procesos en que resplandece con siniestro fulgor una justicia monstrosa. De aquí que el patíbulo se manifieste en tantas ocasiones con prestigio de altar y que la víctima aparezca tan frecuentemente aureolada de martirio. Es la justicia española seca y ardiente como el espíritu de la raza; la justicia sin ponderación y sin medida, de honda y reconcentrada pasión; la justicia sin matices, roja como la sangre. Es la justicia que ha ido esparciendo por el mundo, con el horror de sus procesos y de sus ejecuciones capitales, nuestra leyenda negra...

Pero también se diría encarnado en nuestro genio aquel *summum jus, summa injuria*, que llena el espíritu del juez de piedad y de misericordia. La justicia española es cruel o quijotesca. El fanatismo de la limpieza de sangre o el punto de honra, a que se rinde culto nacional, basta para justificar el asesinato, mientras campan por sus respetos tantos delincuentes que la fantasía del pueblo convierte en héroes de novela... La patria de Torquemada y de Pedro Arbúes es también la patria de Jaime el Barbudo y de José María el Tempranillo. En el claro y seco espíritu español la piedad, que requiere una zona templada y húmeda, se transforma en escepticismo. La misericordia en el ánimo del juez apenas se concibe, dada nuestra psicología de extremos, sino en forma de indiferencia. O la justicia implacable o la impunidad escandalosa.

No hay término medio. Justicia de inqui-

sidor o justicia de pícaro. Del castizo furor inquisitorial se pasa al igualmente castizo toma y daca. La justicia es algo trágico o es un negocio. O verdugo o compadre. Una sentencia despoja de la vida o de la honra... o es un salvoconducto. O se hace justicia feroz o se prevarica. Un magistrado español es un grave y fanático personaje del Greco, o es un bufón de Velázquez, o un pelele de Goya.

Oscilando entres estos dos extremos, el ideal de una justicia implacable y el cálculo picaresco, la justicia española se ha fijado en la arbitrariedad. Es terrible o venal, según las circunstancias, según quien la pide o quien la manda hacer. Y esta arbitrariedad llega a lo monstruoso cuando se trata de política y de políticos. O se muere ante el piquete, como el bravo general León, o se escalan las alturas del Gobierno, como después de Torrejón de Ardoz y de Vicálvaro. O se va a presidio... o a una poltrona ministerial. O los calabozos de Montjuich—y, según la fama, algo que recuerda los hundimientos en el Loire, en la época del Terror—o la pitanza de los pistoleros al servicio del Estado.

Entre la justicia implacable y la justicia picaresca, en la zona templada en que se dan los frutos más sazonados del espíritu, existe la justicia verdadera, la justicia noblemente humana, matizada de comprensión, de honradez, de relatividad. Esta justicia, que no es la justicia teatral, la justicia de las ejecuciones capitales y de los autos de fe, pero que tampoco es la impunidad escandalosa, requiere una sensibilidad fina, cultivada, equidistante de la indiferencia y de la reacción brutal. Esta justicia, que no pide el coturno, ni el birrete siquiera, que no es justicia histriónica ni leguleyesca, es la que hay que despertar en la conciencia española. Habría que bendecir el desastre de Annual si tanto dolor y tanta vergüenza sirvieran para humanizar con ese sentimiento de justicia el

espíritu español. Porque hasta ahora la pasión de nuestro temperamento, fuerte y claro, sólo se había manifestado en las plazas de toros, en su ansia innoble de "hule", al grito, todavía más innoble, de "¡Caballos! ¡caballos!" Y ya se comprende que esto de las "responsabilidades" no es cuestión de "hule" ni de "caballos". Es cuestión... de otra sensibilidad. Es cuestión... de hombres y de ciudadanos.

ALVARO DE ALBORNOZ

En el próximo número publicaremos un interesante artículo del diputado socialista Indalecio Prieto, titulado:

Desde Zeluán hasta Annual.—El osario.

A la prensa española

Correspondemos con la mayor cordialidad a la grata acogida que nos han dispensado órganos tan importantes y difundidos en la opinión nacional como *La Libertad*, *El Sol*, *Informaciones*, *La Voz* y otros, de los que en igual medida agradecemos su benevolencia.

La Prensa de provincias, tan importante, y en cuyo avance proclamamos el de la cultura de España entera, también ha recibido con elogios, que no olvidaremos en instantes en que el aliento es el mejor auxilio de nuestra obra, el nacimiento de ¡JUSTICIA! Nosotros, que sentimos tan hondamente el compañerismo, nos brindamos, en nuestra modestia, a todos esos colegas para realizar conjuntamente con ellos la obra trascendente de la regeneración de la vida orgánica española.

Historia de la Semana

La divergencia ministerial

Nos hemos visto abrumados los madrileños por la canícula y por los repetidos Consejos de ministros, sin que podamos asegurar cuál de ambas causas puede haber contribuido más a elevar la temperatura. El tema que en estos inacabables y repetidos Consejos se ha tratado, era, como saben ya los lectores por la Prensa diaria, el que viene preocupando a nuestra política desde hace varios años, de si se va—como suele decirse—a Alhucemas o no, y ciertamente era lo bastante importante para que estuviésemos inquietos esperando la solución. Muy clara no ha sido sin duda alguna. Los que hayan leído atentamente la nota en que se ha cifrado el laborioso acuerdo, se habrán preguntado si aún estaba Maura en el poder. Y ello por dos razones: una de sintaxis, que es bastante análoga a la de las complicadas marañas del director de la Academia de la Lengua, y otra de criterio, que también semeja por completo al maurista en su decidida apelación a lo que pudiéramos llamar el silencio patriótico.

Cuando nuestros políticos lo demandan, en nombre de altos intereses y comienzan a hablar de una manera sibilina, es cosa de echarse a temblar.

Pero nosotros al historiar esta semana en la que el suceso más importante han constituido esas reuniones ministeriales, vamos a procurar descifrar el misterioso documento.

Es conocida la pugna que dentro del Gabinete existía, respecto de la manera de enfocar el problema de Marruecos. Interminables discusiones mantenían apartados, y cada vez en más opuesta divergencia, los dos grupos contrarios. De un lado el ministro de Hacienda Sr. Villanueva, con la energía que le es peculiar se negaba a todo proyecto que aumentase la insostenible gravitación de los gastos públicos. Para él, ir a Alhucemas, suponiendo que la empresa tuviese pleno éxito, no era más que aumentar el área de ocupación y el enrevesado sistema de las posiciones y si para las actuales, no ha sido posible hasta ahora repatriar un soldado, coligió que la nombrada operación exigiría mayores sacrificios en hombres y en dinero. El general Martínez Anido demandaba en su plan, en efecto, 20.000 hombres más y el inmediato envío de cuarenta millones de pesetas.

A este criterio se sumaba con el suyo, de dar preferencia a los medios pacíficos del protectorado el ministro de Estado, Sr. Alba y su amigo político el ministro del Trabajo.

El resto de los ministros, con más o menos definidas actitudes, que no interesa gran cosa conocer en detalle, era partidario de la operación, cuyo triunfo garantizaba el Comandante General de Melilla.

El plan de Anido y la Memoria de Silvela

He aquí algunos antecedentes sobre el primero. El actual jefe militar de la zona melillense, no había estado en ella desde los tiempos en que no nos era conocida más que

hasta Zeluán. Su jefe de Estado Mayor coronel Pardo, tampoco tenía motivos para conocerla de una manera muy directa. Fue sí, jefe de una Comisión que designó anteriormente el Ministerio de la Guerra, integrada según nuestras noticias por otros seis militares, con el objeto de proyectar el desembarco en Axdir visitaron Melilla. Cerca de tres meses duró la visita, aunque sólo pudieron recorrer los comisionados, las posiciones inmediatas a la plaza, que entonces se ocupaban y la costa a lo largo de Alhucemas, en un barco de guerra que no sabemos si fué el "Lauria" o el "Bonifaz". Pidieron por cierto, a Berenguer autorización para hacer disparos de cañón que les fué denegada, y con lo que habrían podido justificar un mérito de guerra. Este somero examen, claro que era insuficiente para conocer, la orografía de la comarca. Pero de esos y suponemos que posteriores estudios del jefe de Estado Mayor, procede la propuesta actual de Martínez Anido. El plano que ha servido de base para proyectar la operación, hemos oído a elementos técnicos, criticarlo como equivocado en esenciales detalles, y es causa principal de la disparidad que ha provocado en el Gabinete militar del Alto Comisario y en otras entidades.

La Memoria de Silvela, es un estudio bastante voluminoso de la organización de nuestra zona y según las noticias que tenemos, revela su excesiva y costosa complicación. Cree que se puede realizar nuestra misión con mucha más eficiencia, suprimiendo ruedas inútiles. Por lo demás sus planes militares eran alternativos, según las decisiones ministeriales.

Después de la reunión dedicada al examen de la Memoria y a oír ampliamente, durante cuatro horas al Alto Comisario, se celebró el Consejo del sábado. Había precedido a él una significativa visita del ministro de Hacienda a Palacio, cuya decidida entereza, parece era considerada como el principal obstáculo en el camino de Alhucemas. El señor Villanueva estuvo terminante. Expuso la delicada situación financiera por la que atravesábamos, en vísperas de realizar la conversión de tres mil millones de deuda, difícil operación, tanto como la de Alhucemas, que obligaba a proceder con serenidad.

En el último Consejo la situación respectiva de los ministros en nada había variado. Puede decirse que en ninguno de los núcleos que discutían residió plenamente la razón, pues ninguno de ambos poseía un criterio definido e integral, en cuanto a los caminos para salir del conflicto. Nuestra política, tiene como principal defecto, no saber, sino al poco más o menos lo que quiere. Se destacaba no obstante por la sensatez y firmeza de su postura el Sr. Villanueva, que se oponía al desastre de la Hacienda pública. Pero la solución armónica no surgía. Se hicieron diferentes propuestas de transacción, como si el problema pudiera nunca estribar en unos kilómetros más o menos de línea fronteriza.

Finalmente el Sr. Villanueva hizo una

propuesta. La de que el Consejo, en materia tan esencialmente técnica, sometiese la solución a propuesta de una Comisión del Estado Mayor Central, presidida por el general Weyler. Esa Comisión decidirá cómo se debe rectificar el frente.

Claro que esto no era solución, sino para poder terminar de alguna manera, esta interminable serie de Consejos de Ministros, y disimular, no muy por completo que no se sabe qué hacer. Porque, ese dictamen que ahora se presenta como solución debía haber precedido a las reuniones ministeriales, como las precediera el informe del Alto Comisario. Nosotros, sin embargo, queremos interpretar, como un desistimiento disfrazado con una dilación, del proyectado envite sobre la bahía beni-urriaguel.

Cuando esta propuesta se hizo, los ministros vieron el cielo abierto, el cielo del verano, o al menos el de un período de reposo ministerial. La adhesión de todos fué inmediata. Tan inmediata, que no siendo más que las ocho de la noche, pareció que para los efectos de la pública solemnidad de los acuerdos debía prolongarse la reunión, como se hizo hasta las nueve, hablando ya de sucesos indiferentes.

Mientras se habla de Marruecos

No seríamos sinceros, como nuestros compromisos con el público nos demandan, si no dijéramos que toda la alharaca movida en derredor del asunto marroquí, terminada en los misterios de la nota que creemos haber descifrado, no han tenido la transcendencia que otros acuerdos ministeriales, adoptados en silencio y que merecen alguna atención. Es muy de nuestra política hacer ruido, por una parte, para que no se aperciba de cómo por otra se van los millones.

Se trata de ahorrar en Marruecos, de no meternos en belenes, ¿no es cierto? Pues bien, veamos por dónde han echado a volar nada menos que 225 millones de pesetas del Tesoro y otra cantidad importantísima de los bolsillos del público. ¿Será posible?, dirá el lector. ¿No serán exageraciones de un celo justiciero?

He aquí el caso. Con el voto en contra del ministro de Hacienda, se ha prorrogado el Real decreto del Marqués de Cortina, cuya vigencia había terminado según el cual, el Estado entregará a las compañías de ferrocarriles además de 24 millones en concepto de auxilio para el personal, que son los 195 millones abonados ya, por la aludida disposición de Octubre de 1920, los tres millones pedidos para material y 787.000 solicitados últimamente, representan la cifra global antes estampada. Pero no se limita a esto la amorosa protección a las empresas cuyos servicios son cada día peores. El Gobierno en trance de prorrogar, ha prorrogado también el aumento del 15 por 100 en las tarifas. Esto merecerá que más detenidamente nos ocupemos de ello en un próximo artículo.

Tienen las compañías ferroviarias tan bien repartidas las prebendas de sus consejerías...

DOS FOTOGRAFÍAS HISTÓRICAS

De Valladolid a Annual

El 4 de Mayo de 1921 se celebraba con el máximo boato oficial en Valladolid una fiesta militar del arma de caballería. La familia real y su aristocrático acompañamiento, prestigiaron con su presencia los diferentes y solemnes actos, que tuvieron lugar en la capital castellana.

Los aviones surcaban el espacio, mientras los estandartes de Caballería eran transportados a la Corporación municipal, que se encargaba de su custodia, y a los que daban escolta escuadrones del Regimiento de Lanceros de Farnesio. Las salvas atronaban el espacio y completaban con su estruendo el cuadro de brillante marcialidad de los refulgentes uniformes. Generales, jefes del ejército, prelados, representantes en Cortes, autoridades y corporaciones oficiales, cabildo catedral, los más altos funcionarios, desfilaron ante el Rey durante hora y media.

El Arzobispo, de pontifical, bendijo la primera piedra, que el Rey colocó, y no sin que previamente la saludara con un discurso el Vizconde de Eza.

Entre toda esa ostentación oficial, casi pasaba desapercibida la presencia en Valladolid, de un soldado recién llegado de Africa, del Comandante jefe de la zona de Melilla, General Silvestre. Hombre llano hasta la rudeza, había saludado a sus camaradas diciendo: no soy para vosotros el jefe, sino el soldado Silvestre. Y efectivamente, su ademán enérgico y brusco, sus grandes mostachos y el rostro atezado por el sol de Africa, confirmaban las cordiales palabras. Era la última visita que su infortunio le iba a consentir a la Península. Fué la última vez también en que habló con el Rey.

Embargaban al General levantados proyectos de gloria, por desgracia concebidos con más audacia que cautela. Su triste historia que a tantos arrastró en su infortunio, es una de tantas como demuestran, que tiene más valor, el oscuro y diario cumplimiento



Silvestre en la fiesta del arma de caballería.

de las ordenanzas, que los impremeditados arranques de un ciego valor.

En Valladolid, ante aquel espectáculo de brillo oficial, propicio a todos los optimismos y a las gallardías de la voluntad, templó la suya Silvestre, y modeló sus proyectos conquistadores. Dominar Alhucemas, lograr una definitiva aureola de su vida de soldado, lleno de una excesiva fe en la eficacia del impulso.

Pronto regresa a Melilla cargado de ilusiones y de alientos. Había saludado a su Rey, había visto el oropel de España entera que le sonreía y le adulaba.

En la segunda fotografía, que es de las postreras que se le hicieron, aparece en Annual señalando con expresión característica el camino de Alhucemas. La loma de los Arboles, al frente, Abarrán e Igueriben a los

lados. He ahí la ruta que sus decisiones de general audaz le habían comprometido a seguir desde España. ¿Sus planes para conseguirlo? ¿La organización y los medios agresivos de sus tropas? ¿No importaba! Prevalecería su estrella. Ignoraba, como casi todos los impulsivos, que los astros protectores se fatigan de seguir a los hombres por los vericuetos de la impremeditación. Quien no percibe los avisos de la fatalidad, en las dificultades iniciales, y no reflexiona sobre el sistema de superarlas, corre grave riesgo de que su estrella se empañe. Por eso el gesto que contemplamos en la fotografía, después de los terribles hechos acaecidos, resulta fatídico. No señala un camino de glorias, sino unas veredas de sangre.

Seríamos injustos, si no reconociésemos, ante el recuerdo de su cadáver insepulto, desaparecido como el del rey don Sebastián, que sus virtudes militares, fueron en otros tiempos útiles a España y podrían haberlo vuelto a ser en el porvenir, si nuestro régimen reglamentasen esos fuertes impulsos, en lugar de desencadenarlos como un huracán que todo lo dispersa.

La bala, no es responsable de la fuerza que la lanza, sino más bien, la pólvora que se la infunde.

La desgracia de Silvestre que acarrió tantas otras, se ha intentado que sea representación de la única responsabilidad. En los primeros momentos, después del desastre muchos, hoy culpados, concibieron la esperanza de que sobre su cadáver recaerían los delitos complejos y numerosos que han engendrado esta gran desdicha. Pero la justicia se va abriendo paso y al reintegrar a Silvestre, culpable sí, pero ni mucho menos el mayor, en su puesto, cada día señala con mayor vigor la complicada urdimbre de los delincuentes, y la opinión pública, para la que ya no hay secretos, los conoce y los señala.



Silvestre en Annual. Su último retrato.

Figuras de delito

MATERIAL DE GUERRA



Harto notorio es ya que una de las principales causas del derrumbamiento radica en las malas condiciones del material de guerra empleado por las tropas españolas. Pero con decirse y repetirse tanto este axioma, no se averiguó, hasta aquí, tan importantísimo extremo, ni en lo que atañe a las adquisiciones hechas con anterioridad al infortunio de 1921 ni en lo que concierne a las efectuadas desde que sobrevino el desastre. Lo único sabido, tocante al asunto, es que la Comisión investigadora parlamentaria ha tenido la plausible idea de asomarse a ese campo, donde tantas y terribles responsabilidades amontonó la impunidad gubernativa; pero que su asomada se reduce hasta ahora—tal vez por falta de noticias—al caso célebre de las ametralladoras Colt, aunque hay otros muchos de parecida índole y quizá de más grave importancia.

La Comisión estudia el mencionado expediente, y bueno será pedirle, por si en él no constan particulares de gran significación, que se llame a declarar a las personas comisionadas por el Ministerio de la Guerra para recibir las tan costosas como inútiles máquinas. Así podrá conocer a fondo cuáles fueron sus observaciones y reparos, quién les mandó cerrar los ojos respecto a las deficiencias comprobadas y cómo y por qué vino a declararse reglamentario en nuestro Ejército el peor modelo de ametralladoras conocido, aunque desde las primeras prácticas hechas aquí con ellas se produjeron numerosos accidentes mortales. Por cierto que hay en este negocio una segunda parte muy curiosa, de la que ninguno habla y que, a nuestro juicio, merece investigaciones severas. Inquieran los *vetintuno* si las ametralladoras Colt vinieron a España con sus cierres, cómo y por qué ha corrido la voz de que se los trajo luego en el *Lusitania*—hundido entonces por los alemanes—, y si es cierto que, por no haber consignación para el nuevo gasto, se hizo una indebida transferencia de crédito para construir en España los cierres perdidos.

Municiones inservibles.

Pero ¿deben limitarse a eso los Veintiuno? El Gobierno conservador, culpable de lo sucedido con las ametralladoras, tiene sobre su conciencia otro yerro administrativo considerable. A él se debe la costosísima compra de gran cantidad de cartuchos extranjeros y el que, por ser ellos de pésima calidad, hubiera de procederse a inutilizar-

los. Que fuera inservible la pólvora o que lo fueran los casquillos, es lo cierto que España pagó como excelente una cartuchería inútil y que aun hubo de añadir al quebranto padecido en el negocio los jornales de las operarias que en Toledo trabajaron noche y día para descargar las cápsulas adquiridas en nombre de urgentísimas necesidades de la defensa patria. Y viene a punto preguntarse: ¿puede haber más recios motivos de responsabilidad ministerial? Pues por ahí anda el expediente, y aún no lo ha pedido la Comisión de los Veintiuno.

Fusiles descalibrados.

Si los soldados de España iban camino de Beniurriaguel con las endiabladas ametralladoras Colt; si, conforme veremos, tampoco reputaban los militares excelente la cartuchería en uso, no eran mejores los fusiles que los gobernantes pusieron en manos del ejército para afrontar el choque con los moros más guerreros del Rif, armados con excelentísimos fusiles Lebel modelo 1918.

Ya, durante la gran guerra, el capitán señor Araujo pudo comprobar en Melilla que el 75 por 100 de los mausers de su compañía estaban descalibrados, con lo cual reducíase el alcance de ellos a cien, doscientos y trescientos metros, sin que jamás hiriese de punta la bala. Puso el hecho en noticia del comandante general señor Aizpuru—hoy ministro de la Guerra—; el señor Aizpuru lo comunicó a sus superiores, y los superiores se encogieron de hombros. Pasó el tiempo, gravóse el presupuesto de Guerra en cantidad enorme con las deplorables reformas del señor Cierva, y como todo seguía igual, en Junio de 1920 presentó la Junta de Defensa de Infantería un mensaje al señor vizconde de Eza. Allí le decía, entre otras cosas de suma importancia: “EL MAYOR NUMERO DE LOS FUSILES que usa este ejército (el de Africa) ESTAN INUTILIZADOS POR EL LARGO TIEMPO DE SERVICIO que llevan prestando, y es de ELEMENTAL PRECISION SUBSTITUIRLOS INMEDIATAMENTE, así como procurar que las municiones SEAN DE EXCELENTE CALIDAD.”

¿Cómo fué atendido esto, tan razonable, tan acucioso, después de visitar el Sr. Vizconde de Eza la zona marroquí? Dejando las cosas como estaban, aunque ello constituía para los intereses patrios un peligro aterra-

dor. Oigan los Veintiuno, oiga el país un episodio muy instructivo:

Vuelto del Mogreb el Sr. Vizconde de Eza, presentóse en el cuartel del regimiento de Infantería de Alcántara, en Barcelona. Y allí, visitando el almacén, oyó de labios del señor Nouvilas, jefe del Cuerpo, que iba a dirigirle una instancia en súplica de que le cambiase la fusilería, pues a vuelta de excesivos años de uso, hallábase descalibrada toda.

—Pues le aconsejo—vino a contestar el ministro—que se evite la molestia; igual o peor está el armamento en Melilla, y no pienso renovarlo por ahora.

Ni entonces, ni más tarde. Así, en 4 de Febrero de 1921, cuando el Sr. Vizconde y el Sr. Berenguer estaban acordes para dar cima en la primavera a lo de Alhucemas, decía el cachazudo General en jefe al impasible ministro de la Guerra: “En lo referente a material y armamento, ¿hemos de negar que es deficiente? Quizá una inspección, por ligera que fuese, nos haría formar un concepto más desconsolador aún del que nos da el contacto con las diarias dificultades, que no son pocas. En los FUSILES Y CARABINAS EN SERVICIO HAY UNA GRAN PROPORCIÓN DE DESCALIBRADOS: el material de ametralladoras rara vez está completo, y ES DEFECTUOSO: MUCHAS NO FUNCIONAN DESDE LOS PRIMEROS DISPAROS...”

No se remedió nada, comenzóse la ejecución del plan de Silvestre, y al primer encuentro rudo con un enemigo valeroso y bien armado, los fusiles inútiles y las ametralladoras inservibles abrieron el camino al desastre. Y como *inri* de tanta imprevisión, de tanta incuria, de ineptitud tanta, *ocho días antes del derrumbamiento*, el 13 de Julio de 1921, se escribía en el acta de la sesión celebrada por la Junta de Defensa Nacional:

“El ministro de la Guerra tomó la palabra y dió cuenta de una moción del Estado Mayor Central, relativa a la adquisición de fusiles y otro material de guerra; manifestó que, como consecuencia de ello, SE HARÁ ESTE VERANO por dicho Centro UN ESTUDIO DETENIDO, en que se propongan soluciones prácticas para la elaboración del material militar con la cooperación y necesaria protección a la industria privada”.

¡En 13 de Julio del 1921 aún se estaba pensando en hacer un detenido estudio y en poner soluciones para lo que debía haber sido remediado sin demora! ¡Y aun dijeron los ruseñores parlamentarios que en el derrumbamiento no había “figuras de delito” aplicables a Consejeros de la Corona!

Tarde y con daño.

¿Efectuó a la postre el Estado Mayor Central el detenido estudio que anunciaba? No lo sabemos. No podrá saberse ya, dado caso que el Gobierno se niega a enviar a examen de la Comisión investigadora las actas de la Junta de Defensa Nacional. Pero lo que sí se sabe es que don Juan de la Cierva, administrador del segundo desastre—la llamada reconquista—, echó por un atajo tan nocivo casi como el abandono precedente y que necesita minucioso examen de los Veintiuno para que la opinión se tranquilice sobre el caso.

Dícese, y es lo que importa inquirir, que el mentado político llamó un día al general Hernando, jefe de la sección de Artillería del Ministerio de la Guerra, y hubo de preguntarle qué número de fusiles mauser podía producir diariamente la fábrica de Oviedo. Adujo el preguntado la cifra—muy pe-

queña en realidad, aunque de todo punto exacta—y como le pareciera al Ministro que no encuadraba con sus propósitos, asegúrase que surgió una controversia, donde los razonamientos técnicos del general resultaron vencidos por la obstinación de su jefe. Y entonces, contra lo que permitía la maquinaria, la amplitud de los talleres y la cuantía del personal obrero, dispúsose la fabricación diaria de una cantidad de fusiles y mosquetones grandemente superior a la posible.

Si ello fué así o no lo fué, fácil les será comprobarlo a los Veintiuno. Y ellos podrán dilucidar asimismo si, como se dice, aquella producción desmesurada vino en perjuicio de las condiciones del armamento. Porque es el caso que se dió a la Guardia Civil mosquetones de los fabricados así, y que las gentes hablan de peligrosas deficiencias advertidas en Madrid mismo al hacer prácticas de fuego las tropas de aquel Instituto. ¿Cómo no sobresaltarse con la idea de que

habiéndose invertido una porción de millones en apercebir fusilería nueva, haya posibilidad de que resulte defectuosa y sea, por tanto estéril el sacrificio económico impuesto a la nación? Por eso reclamamos de los Veintiuno que esclarezcan este episodio, tanto más importante cuanto que ahora—¡en Agosto de 1923!—se ha dispuesto la renovación de todo el armamento de la milicia.

Baste por hoy con esto. Queda mucho por decir sobre adquisiciones de material de guerra, y no es cosa de agolparlo en un día. Si conviene anticipar que la Comisión de los Veintiuno debe prepararse al análisis de muchos otros expedientes, porque aun cuando el integérrimo general Bazán estudia las responsabilidades administrativas militares, hay en todo lo relacionado con el material de guerra un aspecto de mucha mayor importancia que el meramente administrativo.

AUGUSTO VIVERO

LA AGRICULTURA ESCLAVA

PRIVILEGIOS MAL AGRADECIDOS

El título de este valiente semanario ¡JUSTICIA!, podría ser el de la mayoría de los artículos que en él se publicarán.

No se vive en España en un régimen de justicia. Ni en el orden político, ni en el administrativo, ni en el social, ni en el económico. Una oligarquía que gobierna detrás del proscenio: una plutocracia fracasada, codiciosa y torpe dirigen la vida económica nacional, cimiento de la vida total de España. He dicho y creo que he probado repetidas veces en el Parlamento, en conferencias, en artículos de periódicos, en mítines, que no excederán de doscientas familias las que tienen el privilegio de enriquecerse, mandando siempre, a costa y con la mansa resignación, del resto de los españoles.

Son los que, bien situados, por sí o por sus coadyuvantes inspiran leyes en su provecho, confeccionan el Arancel, toman posiciones, siempre en mayoría, en las Juntas y organismos oficiales de todas clases *fabricados a medida* para apretar más los tornillos a los verdaderos productores y consumidores; son los que amenazan, los que vociferan, los que profetizan catástrofes o se allanan cuando así les conviene, otorgando algunas miserables prebendas; son los que se reparten los restos de la túnica de este desventurado país, siempre resignado, y para el que parece se escribió la frase histórica de que *prefiere el orden a la justicia*...

Con una tarjeta del Conde de Caralt, Presidente de la Cámara de Industria de Barcelona, recibo un folleto titulado "Ofensiva contra las industrias nacionales". En este folleto, de la primera a la última página, puede decirse que sólo se ve el disgusto, la contrariedad de haber sido discutidos—¡en estos tiempos!—los que han gobernado desde su escritorio, los que teniendo a su devoción, en muchos casos los Gobiernos, por incapacidad de éstos, por ignorancia, por lo que fuera, han descentrado la economía es-

pañola y han laborado *pro Domo sua*. "España—escriben en ese folleto—no ha concertado ni un solo tratado de comercio, en que no haya dejado abandonados los intereses de las industrias españolas, sacrificadas siempre a las de su miserrima agricultura y los llamados intereses del consumidor". No conozco afirmación más cínica que la concebida en ese parrafo. Lo ocurrido es todo lo contrario. Con citas históricas he demostrado muy recientemente, en un artículo de *La Libertad*, y no hace todavía quince días, en el Congreso también citando hechos, que España está atrasada, atrasadísima económicamente, por no haber permitido esa oligarquía, esa plutocracia, que se concertaran Tratados de comercio como los intereses generales de la nación demandan, no como los que desean, en beneficio propio, quienes no permiten siquiera que una razonada discusión les perturbe en su vida de privilegios.

Sin repetir los argumentos que tantas veces expuse, para probar esa afirmación, encontraría millares de casos y citas numéricas que nuevamente lo demostrarán; pero si quiero citar uno sólo sobre el cual estoy seguro no ha de replicar el propio autor del folleto.

El cáñamo era un cultivo clásico en España. En algunas provincias como Castellón y Alicante tenía importancia extraordinaria; pero el poder arancelario, que formó y forma parte de la oligarquía insaciable y de la plutocracia absorbente y torpe lo hizo casi imposible; bastó para ello una habilidad arancelaria que ha culminado en el último funesto arancel contra el verdadero trabajo y consumo nacionales. Para producirse el cáñamo necesitan darse cinco o seis labores a la tierra, sembrarlo, recolectarlo, enriarlo, agramarlo, espadarlo y cardarlo. Pues el cáñamo que produce el desgraciado agricultor después de todas esas operaciones tiene un miserrimo derecho protector. Paga diez pe-

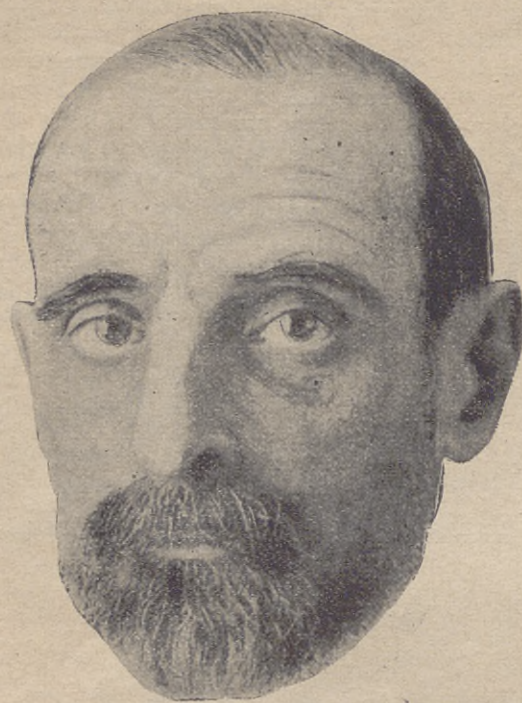
setas los cien kilos de derechos arancelarios al ser importado en España. Pero las hilazas que con él se hacen llegan a pagar 140 á 145 pesetas los cien kilos. Es decir, que hilar, ¡SÓLO HILAR! cien kilos de cáñamo tienen una protección de *ciento veinte á ciento treinta pesetas los cien kilos*. No era esto bastante, sin embargo, y aún han discurrido una habilidad más los eternos disfrutadores del privilegio. Por el Arancel anterior de 1912 la tramilla, el bramante, de peso de cinco a cincuenta gramos los diez metros, pagaba de derecho de importación treinta pesetas; en el *amañado Arancel actual* han fijado una partida de uno a diez gramos los diez metros pagando *cuatrocientas pesetas los cien kilos*, y como el fabricante español lo elabora de nueve gramos los diez metros se ha elevado en su provecho *el mil doscientos por ciento*. De cuyas habilidades resulta, en consecuencia, que la mercancía que él importa—cáñamo rastrillado—tributa derechos muy bajos, haciendo imposible su producción en España; pero lo que él transforma (¡hilazas y bramantes!), derechos prohibitivos.

El importador y el fabricante son la misma persona: el propio Conde de Caralt que tan despectivamente trata a los consumidores y a los agricultores, como Presidente de la Cámara de Industria de Barcelona, acaso tenga razón, porque además de esas sustanciosas situaciones privilegiadas en el orden económico y que soportan mansamente la mayoría de los españoles, en un año ha sido conde, ministro y senador vitalicio.

Habrà que recordar en España en pleno siglo XX la frase de Tito Livio: "No hay una patria común sino dos pueblos: uno donde radica el poder y la abundancia y otro donde se vive en la pobreza, en la incultura y en la servidumbre."

MARIANO MATE SANZ

RESPONSABLES



ACUSAMOS.....

Tiene dos aspectos nuestra campaña, que no omitimos ocasión de señalar; es el primero, el inmediato que sigue en las responsabilidades directamente enlazadas con el desastre que ha sacudido con un movimiento de horror los nervios de la nación entera, exigiendo que no queden impunes las vidas malgastadas; y es otro, trascendente derivación del primero, el que una vez puesta en pie la justicia y habiendo iniciado su severa actuación, ponga en orden, depure, la organización de España entera. Es necesario distinguir bien uno y otro aspecto e indispensable asimismo el que no se estorben ninguna



de ambas finalidades; que pueda lograrse la una, sin merma de la otra, para que del actual esfuerzo de la opinión se obtenga el máximo rendimiento, la más fructífera cosecha de prosperidad.

Otra cosa, podría ser incurrir con manifiesto error para nuestros firmes propósitos de ampliar de tal suerte el cerco de las culpas, que fuera imposible aislar las que en el actual instante constituyen el primordial objetivo de los españoles.

Hacemos además estas consideraciones, porque en la figura de Maura que centra esta plana, se coordinan unas y otras responsabilidades: las antiguas y las modernas; las difusas, que no son fáciles reducir a las líneas escuetas de una somera acusación y las otras, las que establecen sin solución de continuidad la relación de causa a efecto entre la gestión de Maura y el desastre.

Maura ha disfrutado en España, de lo que se ha venido llamando, la máxima autoridad. Ha sido el eje durante mucho tiempo de la política gubernamental, no sólo cuando se hallaba en el poder, sino cuando ocupaba los bancos de la oposición.

En 1909 dió el primer paso definitivo e irreparable en la política marroquí. Lo hizo por su personal designio, sin compartir, como es obligado en un gobernante constitucional, la responsabilidad de fallos tan esenciales, de tan grande transcendencia para el porvenir de España, con la opinión del país, la cual no fué consultada ni a través de la discusión parlamentaria ni valiéndose del gran resonador de la Prensa. Y aquel Gobierno de infesta memoria que presidía Maura y que matizaba Cierva desde el Ministerio de la Gobernación, dió el primer paso de la "operación de policía" del que era ya imposible retroceder y que estalló trágicamente en el episodio sangriento del Barranco del Lobo. Esta es su responsabilidad remota, aunque de enlace indudable con los sucesos que hoy lamentamos; pero además, como antes anunciábamos ha laborado también en estos.

Después de la dimisión de Allendesalazar y de la salida del Ministerio de la Guerra del Vizconde de Eza, esa eminente estimación con que ciertos elementos políticos de la derecha y de las altas esferas han acatado la figura de Maura, hizo que se considerase su persona como la más autorizada para presidir el Ministerio que organizase la reacción y la victoria, que lograrse de nuevo el predominio en la derrumbada Comandancia General de Melilla. Y el Sr. Maura fué llamado

al poder y la opinión entera y la Prensa sirviendo a ésta, le abrieron un amplio crédito de confianza. Ningún Gobierno puede disfrutar de otra más ciega ni rendida. Tuvo la colaboración del silencio a que tan aficionados son los sectores de la derecha, cuando se imponía en nombre de ese patriotismo mal entendido que ellos conciben. Y toda España aguardó esperanzada una eficaz organización de nuestras tropas marroquíes que permitiese que dotadas de elementos modernos devolviesen a España su honor y su tranquilidad.

Por desgracia, la esperanza fué defraudada. El confiado rendimiento estéril.

Se movilizaron las tropas de la Península. El país abrió ampliamente su escarcela para



dotar los servicios. Sólo sirvió para que la antigua orgía de inmoralidad en Marruecos continuase en provecho y beneficio de los mismos que al desastre nos llevaron. Y después de pequeños avances sin importancia alguna militar, porque las tropas nunca llegaban a estar aprovisionadas del material moderno ni con la organización precisa, aquel Gobierno cayó habiendo desaprovechado el último momento en que la indignación hubiera hecho posible el que los españoles se presantasen a atacar a fondo ese problema que lánguidamente se arrastra por la política nacional, sin servir par otra cosa que para consolidar como indefinido un enorme gasto que absorbe todas las energías económicas de las que tanto necesitan los españoles para reharcer su progreso material, para impulsar la

riqueza de sus comarcas abandonadas. Este personaje político, cuyas actitudes tanto han apasionado y que usufructuó durante mucho tiempo un puesto eminente en el respeto de los españoles, con el cual como supremo, cínico pudo labrar la imagen de una España mejor, fracasado por egolatría y con un gesto fatigado de viejo actor, se desentiende del magno proceso de las responsabilidades, cual si hubiese sido un ausente de la política y se recluye en Solórzano. Por haber podido hacer más que otro alguno en bien de España, por haber sembrado los vientos de retórica y ofrecernos la cosecha de unas tempestades, es quizás más fundamentalmente responsable que los que han caído por omisión, por negligencia o por ineptitud, formas impor-

tantes de responsabilidad, pero desde luego secundarias con relación al primer plano que corresponde a su actuación.

Cambó, con su aquilina nariz hebráica, su mirada penetrante y su gesto persuasivo, constituye entre la "gens" política uno de los que más al descubierto han dejado su responsabilidad y hasta lo que suele ser más íntimo y oculto en todos los hombres: la intención. Ha vagabundado por la política española siempre con actitudes de amenaza. Quién dudaría al principio de sus intervenciones parlamentarias, cuando se levantó sobre el pavé de la solidaridad, en la sincera energía de sus provocaciones nacionalistas. Semejaba, más que un apóstol, un fanático.



después personas muy estrechamente ligadas con el Sr. Maura, eran—por indicación del Marqués de Cortina, gran proveedor de tales sinecuras—, sus compañeros en varios Consejos de Administración y no mucho después, sin que por nuestra parte en tales hechos queramos establecer ninguna relación, aquel a quien el gesto catoniano del Sr. Maura impidió ser alcalde, llegaba a ser ministro en un Gabinete presidido por Maura.

El Conde de Bugallal, Fernández Prida y González Hontoria, han formado también parte del Gobierno cuya responsabilidad se exige.



La curva que ha recorrido ese apóstol para llegar a estar en posesión de una de las primeras fortunas de Cataluña y pasear su sumtoso sibaritismo en un "yacht" de su propiedad por los fiords noruegos, ha quedado tan desnuda que podemos seguir todos sus accidentes y formar juicio de sus finalidades apostólico-financieras. El escándalo de su actuación en el Banco de Barcelona como abogado y como ministro, es uno de los más grandes que en los últimos tiempos han acaecido en Europa. Y en el proceso de Marruecos ha tenido intermitencias extrañas. Ha sido para él lo mismo que el catalanismo un arma coactiva, una amenaza cuya energía aumentaba o se suavizaba, según iba consiguiendo sus propósitos. Nosotros sabemos que fué partidario de ir a Alhucemas, primero, y después de la misteriosa conferencia de Pizarra, escenografía de faramalla, cuyo secreto quedó enterrado entre los naranjales malagueños, volvió a ser enemigo de tal empresa. No pueden contener estas líneas más que la síntesis de una trascendente responsabilidad, pero no su complejo desarrollo.

El Marqués de Cortina, ministro a título de liberal en el Gabinete Maura, tuvo la co-participación de responsabilidad con el resto del Gobierno de la ineficaz acción de nuestras tropas, después del desastre. Además fué el organizador de iniciativas tan absurdas como la tan conocida del barco algibe que desde Inglaterra llevó a Melilla seis millones de litros de agua, y que tuvo que regresar sin cumplir su cometido, porque no se había previsto detalle tan esencial como el de que el calado del barco no consentía que atracase en Melilla. El Estado se limitó a pagar ese viaje de ida y vuelta de esa cantidad de agua. Consejero de las más importantes compañías mercantiles, es uno de los jefes de la plutocracia económica imperante, cuyos intereses creados que se filtran por todas partes y llegan a la conciencia de muchos que el público cree libres, ha sido en las pasadas sesiones del Senado, el leader del impunismo, amparando a Berenguer, en cuya causa defendía la suya propia.

Como muestra de la consistencia de ciertas opiniones, durante tanto tiempo reputadas como infalibles, recordaremos a nuestros lectores que no hace muchos años el Marqués de Cortina, que aspiraba a ser alcalde de Madrid, no pudo lograrlo porque el Sr. Maura le puso el veto, fundándose, según se dijo, en razones de pública opinión. No mucho tiempo

ACUSACIÓN AUTORIZADA

El general Weyler ante la Comisión parlamentaria



Es justo que destaquemos en estas líneas la figura del general Weyler, no sólo porque el azar siempre insospechado de nuestra política, que por ser ordinariamente de imprevisiones, resulta muy a menudo de sorpresas, ha puesto en sus manos la decisión de nuestra conducta militar en Melilla, sino por su valiente e irrefragable acusación ante la Comisión de responsabilidades.

Es el anciano prócer la única autoridad que ha sobrevivido, no sólo por su longevidad, sino como prestigio, al desastre colonial. Sus armas fueron siempre victoriosas en Cuba y precisamente por tener dominada la insurrección, fué por lo que la intervención norteamericana se produjo. Sus palabras vibraron en el Congreso con energía, con precisión lógica e irrefragable. Protestó de como se hizo la movilización de tropas por los ministros de la Guerra Vizconde de Eza y La Cierva, los cuales por desconocimiento unas veces y por obstinación, otras, dejaron de consultar al Estado Mayor Central. Se han escuchado esos ministros en la alegación de que los soldados carecían de preparación militar. Lo que no han dicho es que esa desorganización la causaron ellos, por haber privado a esas unidades de los soldados del tercer año, que naturalmente son los más adiestrados. El Estado Mayor, informó en contra y no fué atendido.

El capricho designó los cuerpos de embarque y sus rutas. Por eso dimitió en los tiempos del Sr. La Cierva, ya que no podía evitar tantos dislates y protestó ante él, no sólo de las desconsideraciones de que se hacía objeto al Estado Mayor Central, sino más fuertemente de los graves daños que se inferían al interés nacional y al ejército.

En cuanto al terrible abandono, terrible por sus consecuencias materiales y morales, de los soldados de Zeluán y Monte Arruit,



manifiesta que se procedió con lamentable negligencia, y exclama: ¡Dicen que no se les pudo socorrer! Yo sólo he de asegurarles, que en mi larga vida militar, me he visto en más de una ocasión en graves situaciones, quizá muy parecidas y nunca dudé ni me detuve a pensar en si podía socorrer a las tropas que el enemigo tenía sitiadas y en condiciones por cierto angustiosas. Para ir en su auxilio me bastó comprender que debía ir. La alta idea del deber me llevó siempre a todas las empresas y siempre tuve la suerte de salir bien de ellas.

Los hechos de su vida abonaban sus palabras y las despojaban de toda jactancia, pero aun sin esos hechos habría bastado ver la energía tranquila y serena de sus ojos acerados, como los del Duque de Alba, para creerle.

Después de estas manifestaciones cuya autoridad, por todos conceptos no puede ser superada, ¿habrá alguien que podrá seguir sosteniendo que no hay responsables y que aunque los hubiera es difícil aislar sus culpas, reducirlas a formas concretas de acusación?

La declaración del general Weyler equivale al juicio de los ancianos en las primitivas organizaciones. Aún le restan fibras a este antiguo soldado para hacer justicia y aún para ver más claro que los infortunados generales que están en activo. Dentro de pocos días recorrerá las posiciones marroquíes para formular su experimentado dictamen.

Cuenta ochenta y cinco años, en cuya avanzada edad, aún conserva resistencia física para montar a caballo. Sus cualidades militares, durante algún tiempo muy discutidas, pueden ahora juzgarse con serenidad.

Recuerdos de una sesión de la Alta Cámara

UNA INTRIGA IMPUNISTA

Era un día turbio y caluroso, de atmósfera densa, en la que flotaban nubarrones plomizos. Esto, que parece el comienzo de un cuento tenebroso en que la tempestad jugase un papel escenográfico, no es sino el del relato, que en esta página queremos dejar estampado, de una sesión senatorial, turbia como aquel cielo grisáceo, inexpressiva como el rastro de un cretino, a ratos surcado por ráfagas de ira. Todo en ella fué grótesco, ínfimo. Ninguna de las figuras que en el público retablo actuaron supieron dar la nota que les correspondía, ni expresar una idea levantada que rimase con la ansiedad de la opinión. Fué la representación de un drama calderoniano, ejecutado por figuras de guignol, que acaban siempre, entre las risotadas del público infantil, por golpearse rudamente.

Parecía como si los nubarrones exteriores hubiesen penetrado dentro de los pasillos de la Alta Cámara, prestando a las escenas y grupos el ambiente de un capricho de Goya.

A la plazoleta que se extiende frente al Palacio senatorial llegaban continuamente coches y automóviles. Diputados y senadores se mezclaban en los pasillos y en los bancos del salón, en el cual la mayor parte se había situado para tener asiento.

Recordemos cómo se habían preparado las emociones de esa tarde, que tanto público atraían. El general Aguilera, rudo soldado, pero de firme y recta intención, al frente del Supremo de Guerra y Marina, se ha impuesto la misión de hacer justicia, sin diferencias de jerarquía. Ante el suplicatorio para procesar al general Berenguer, esa política neurasténica, que ha llegado a creerse en la efectiva posesión de un privilegio exento, se conmovió. Mientras se castigaba a tenientes, capitanes, coroneles, todo marchaba bien, y hasta se aplaudía la debida severidad de los magistrados. ¿Pero procesar a un general en jefe? ¿A un alto comisario y ex ministro de la Guerra? Eso era ya demasiado. Las resistencias pasivas e indirectas al principio, luego descaradas arrieron. Dos personajes de una fisonomía análoga en la política que pudiéramos apellidar financiera, asumieron los primeros puestos en la defensa del general Berenguer: Sánchez de Toca y el Marqués de Cortina. Ambos son eméritos colecciona-

dores de Consejos de Administración, genuinos representantes de los intereses creados, en alianza con la política, que con lañas de argentino metal sostiene en pie el artefacto de un sistema deshecho.

A las insinuaciones mortificantes de Sánchez de Toca no supo

resistir el impulso simplista del soldado, y el general Aguilera escribió una carta violentísima de carácter privado. Los defensores del impunismo sintieronse alborozados con lo que estimaban enorme disparate. A la carta particular se le daría un carácter público. Las grandes palabras comenzaron a sonar. ¡Ataque a la independencia del Parlamento! ¡Blasfemia contra el sagrado del Poder civil! ¡Sus fueros hollados por las espuelas de un militar! Una vez más los fariseos rasgaron sus vestiduras.

Era convertir en problema de Estado una actitud incontinente desde luego, que no hemos de defender, pero que jamás la prudencia debió sacar del círculo privado. La mayor culpa de ello fué del presidente del

Senado. El Conde de Romanones, antiguo zurcidor de toscas intrigas y asociado del impunismo, que disfraza con su rótulo liberal, se frotó las manos con su gesto característico. ¡Ya tenemos prisionero al general! Se lee en el Senado la carta y se le hace saltar de la presidencia del Consejo Supremo. Acaso el que le substituya sea más dúctil y permita que los políticos le hablen al oído.

Y se leyó en pública sesión la carta por el señor Sánchez de Toca. He aquí, pues, los antecedentes. Volvamos a la sesión que reseñamos.

Todos ocupaban sus bancos y muchos sin sitio se agolpaban de pie. La presidencia estaba aún sin ocupar y la sesión no comenzaba. Romanones conferenciaba en su despacho con Aguilera. Se le pedía que retirase su carta, y él contestaba que no tenía carácter de agresión al Senado, sino de privadas manifestaciones que sólo afectaban a la persona a quien iban dirigidas. De pronto por todos los bancos circula una agitación y de boca en boca una noticia. Los señores Aguilera y Sánchez Guerra se estaban golpeando en el despacho presidencial. Los testigos accidentales de aquella contienda los habían separado. Se decía que costó gran trabajo que el general agredido soltase a su adversario. Unas palabras acres despertaron la agresividad del ex presidente del Consejo. Pero ya pasó el relámpago de la violencia. El general, imperturbable, avanza por los pasillos, seguido de algunos amigos, que le vitorean, y se dirige a su escaño.

El Conde de Romanones marcha detrás, acompañado de los maceos y seguido de una masa oscura. El espectáculo es torvo y lamentable, digno del admirable pincel de Goya, que más arriba evocamos. Alguien, al pasar el cortejo del Conde, le dice: "¡Esa es tu obra!"



EL NUEVO DON QUIJOTE

Don Quijote y Sancho siguen caminando por la historia de España... Ni la dinamita, ni el cañón, ni el guerrero artefacto igualan, sobrepujan en intensidad a una recia pluma, a un periódico, a un gran libro. Por eso el *Don Quijote* es y fué eje de la Humanidad. Espíritus, por lo vulgares, mezquinos quieren tan sólo ver en el *Don Quijote* ingeniosas sátiras contra los libros de caballería de su tiempo. Tan absurdo fuera como juzgar a *Tartarín de Tarascón*, latino gemelo de Quijano el Bueno, cual crítica fugaz de hospederías suizas o grotescas industrias argelinas... Los dos libros, vestido el uno con la austera gramalla de Estella, arrebujaado el otro en moruno alquicel de grácil espuma, son como Biblias de la raza, la historia viva de Francia y España... Como los cuadros de Rembrandt se dividen en sombra y luz, goyescas quimeras en humo y carne, así nuestra leyenda se divide en sacrificio y egoísmo, en barro y luz, águilas que luchan siempre con escarabajos, Quijotes y Sanchos...

Quiérese ahora enterrar a Don Quijote, cerrar con tres cerrojos el sepulcro del Cid. Bien, o mal, está que nuestro voluble espíritu pida guerra ayer, mansurronería hoy; pero ¿por qué cargar siempre al desventurado caballero Don Quijote con nuestros delirios y torpezas?

Don Quijote nunca persiguió como ideal el deshacer con su lanza las ya dispersas hojas de libros de caballería, ni a hacerlas princesas o molinos de viento. Iba él, alto caballero, consumido por fiebre espiritual, nunca loca o desbaratada. Y cuando reímos del *Quijote*, bueno fuera mirarse muy adentro para ver si lo más sanchunos pueden ser, al final, los más quijotes. Molinos de viento son riquezas y honores, ilusiones y amores. Creemos en la vida, y nos apalean cuantas vergüenzas nos topamos en el amor que quiebra su luz, como el rayo solar, en sombras luego. Ya Erasmo, en su inmortal *Elogio a la locura*, puso en el niño y en la mujer la suprema locura de los divinos hechizos. Y si así es, ¿por qué inculpar a Don Quijote, si todos los somos?

Al final de nuestros desastres quiso España dormir, a la luz del sol, único tesoro que aún no nos robara el extranjero. Asimismo, en los días de Cervantes, al despertar de la oscura noche medioeval para vivir esplendores del Renacimiento, quisieron quemar los libros de caballería. La España del desastre quiso hacer solemnes autos de fe con chirimbolos y percalinas nacionales: *Marchas de Cádiz*... Pidió Costa el cerrojazo famoso a la huesa de don Rodrigo de Vivar... ¡Otro sueño, al fin! Los pueblos, para vivir, necesitan cabalgar en el Rocinante de sus ensueños, caminar al cielo de su ideal. Pueblo que no sueña, es pueblo muerto. Su ruin bandera es un intestino.

Entiérrese, sí, para siempre al caballero de romance y de guapeza que esgrime hoy el estoque taurino o la navaja cabritería, al Qui-

jote donjuantenoriesco, matarife y jaque, al Quijote valentón que juzga siempre a España con más redaños que el universo mundo, al Quijote imprevisor que desdeña la ciencia militar y muere como heroico juramentado, fanático de Joló, al Quijote balandrón, bárbaro y estúpido, de percalina y *chin chin*, al patriotero fanfarrón, capaz de hablar a gritos de una patria podrida, donde los atracadores barceloneses emulan en pillaje a la Junta del Banco de Barcelona, con la diferencia de ser ellos más valientes... Pero morir el otro Quijote, ¡nunca!

Los vulgares hombres que nos gobiernan dicen, con aire pedantón, que ya es hora de ser "hombres prácticos". "Aprended—dicen—de las nacionalidades del Norte..." Mas, ¡oh, sabios averiados! Precisamente son esas naciones que nos robaron cuanto de audaz, grande y noble sentía nuestro solar. Porque Don Quijote no vive ya en la Mancha, sino



en su canal, en Inglaterra, Italia, Francia, Rusia... Se llama ciencia, revolución, bolchevismo, fascismo, renovación, regeneración, nueva vida, responsabilidad, justicia, rebeldía, virilidad; como se llama sanchopancismo, cobardía, ruindad, vulgaridad, bajeza, irresponsabilidad, ramplonería, impunidad, caciquería, injusticia lo que en España quedó. Mientras España entrega su alma al sanchopancismo ruin, galopa Don Quijote por lo ancho de la Europa, por esas naciones tituladas "prácticas", y que son las más románticas. Sustituyen ellas hoy a nuestros aventureros y exaltados, místicos y espirituales varones, gala y prez de aquel siglo XVI, en el Nuevo y en el Viejo Mundo. Surgen ahora soñadores tan nobles como Wilson, exploradores audaces como Roosevelt, descubridores del porvenir a lo Edison, rebelde grey que desentraña tesoros de Africa, lucha con la ciencia incógnita, con la enfermedad y la pobreza para hacer libre y próspera a la humanidad sanchesca. ¿Habrá más audaz Quijote que el incomparable Edison? Caballero andante alguno que en grandeza espiritual semeje a un Zola al arrebatarse de la isla del Diablo al inocente Dreyfus? ¿Libro de caballería que se iguale a la colosal epopeya del Japón na-

ciente? ¿Soñador parecido a un Koch, a un Pasteur, a un Pean, héroes del silencio augusto que en la soledad del gabinete persiguen el enigma del microbio, asesino cobarde de la Humanidad? ¿Qué Quijote comparable a Gabriel d'Annunzio, el poeta que llega hasta Viena en su nave aérea para lanzar al enemigo proclamas de paz? ¿Qué aventurero legendario compararse puede al malogrado Canarvon, que, por descubrir arcanos de un pasado, muere víctima de vengativa ponzoña? ¿Cuál leyenda más bella que la del descubrimiento del vapor, del teléfono, del fonógrafo, de los rayos X, de la telegrafía sin hilos, del automóvil, del ferrocarril y del aeroplano? Quijotes sus autores, en el caballo del ideal montaron para dominar la tierra y el aire, el profundo mar y las entrañas terrestres.

No, no es hoy el ciego valor, ni la pompa militar, ni la aventura necia, ni el inútil heroísmo misión de Don Quijote. Los Alonsos Quijanos del día luchan por igual, es cierto, con la humana estupidez, miserable e incurable. Y entre risas de menosprecio, sollozos y hambre, a caballo en su fantasía, conquistan mundos para la salud, la ciencia, el trabajo, la riqueza y libertad.

Si muriera Don Quijote, la Humanidad fuera un establo, inmunda porquera. Y los hombres, rucios viles de Sancho Panza; el ideal humano, ombligo de Budah; el espíritu inmortal, ronquido grosero de Julián Nogués...

Sólo, tan sólo a España le quedó en el mundo el sanchuno papel, sin el buen sentido de honradez de Sancho, el gobernador de Barataria... Envilecidos y serviles, nos dejamos pisotear por el sanchesco asno. Gobiernos y partidos en el polvo nos mantean...

¡Pidamos a gritos, españoles, el nacimiento de un nuevo Don Quijote! ¡No su entierro! ¡Un gran Quijote, fuerte y bravo, vestido de acero como Lohengrin, para ser fuerte, pero con alas en el casco con que volar, alas de nuestra raza, que tuvieron por cielo el ancho mundo, ilimitados horizontes del ensueño donde extenderse! ¡Sea éste, nuestro nuevo Quijote, pesadilla de malandrines, heraldo de las altas justicias! Penetre en el Parlamento y a lanzadas acabe de una vez con la charlatana plaga y con tanto curandero que, a semejanza de los doctores de Molière, hablan pedantemente en griego, para mayor claridad. Derribe a caciques y oligarcas, haga fundirse en el polvo para siempre la ineptitud y el robo, el expolio y el crimen. ¡Exija responsabilidades en nombre de diez mil muertos!

Ninguna causa tan noble y quijotesca como ésta. Y si el ideal, la espiritualidad, la justicia no triunfan ahora, entreguémonos de una vez al sanchesco rucio. ¡Y que nos pongan albardas!

RODRIGO SORIANO

Plaza de San Salvador, Agosto.

LA HISTORIA SE REPRODUCE



El general Martínez Anido: —¡A Alhucemas o a mi casa!

MOTIVOS

EL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATOLICA

Completamente estúpido no darse cuenta de que el problema de Marruecos es para nosotros principalísimamente, casi exclusivamente, asunto de política internacional.

Sólo en una parte episódica nos es dado provisionalmente movernos con cierta libertad para realizar la penosa labor que nos arruina y nos desangra, mientras podemos estar seguros de que el primer éxito positivo nos será inmediatamente regateado, tasado y restringido.

¿Y para eso vamos a jugar—y a perder—cosas tan cardinales e importantes como nuestro equilibrio económico y nuestra paz interior?...

El testamento de Isabel la Católica... Pero ¿no se os ha ocurrido pensar en cuán otro hubiera sido hoy ese testamento; y en que la persecución de los moros más allá del Estrecho no era en la época de la gran reina otra cosa que cumplir la eterna ley militar de picar la retirada al enemigo vencido para evitar el peligro de un retorno agresivo?

Isabel acababa de expulsar al moro de Granada y después de la terrible pugna secular así rematada aconsejaba proseguir su

exterminio en Africa por el temor, entonces lógico y justificado, de una nueva invasión de la Península, recién liberada.

¿Pero qué tiene que ver nada de eso con las circunstancias actuales?

LOS LIBERALES...

Parece que la misión de ciertos liberales al llegar al poder no fuera otra que la desacreditar el liberalismo.

Ellos no sólo gobiernan en conservadores, sino para los conservadores. Son más reaccionarios, porque "reaccionan" desde más allá. Sus hechos contrastan más absurdamente con sus prédicas y ofrecimientos. Si alguna medida verdaderamente progresiva y democrática se les ocurre, luego renuncian a ponerla en práctica después de agitarla como un señuelo para incautos y así la invalidan, la desacreditan y la abortan.

Este *sabotage* de los ideales, esta inicua "venta del porvenir" son los crímenes políticos más odiosos que cabe imaginar. Tal vez los únicos que no pueden tener perdón.

UNA COSA

Hay una cosa terrible que ocurre frecuentemente a nuestros hombres políticos:

Y es, hallarse igualmente privados del amor de los ideales y del sentido de la realidad.

LA GENTE, POR SU PARTE...

Ars longa, vita brevis.

He aquí lo que no concibe ningún español.

No hay en España nadie que crea que lo grande es la obra, ni quien se resigne a ser el legionario de una causa, el soldado de un ideal. Para nosotros el todo y lo principal es el individuo, es cada uno de nosotros. Los mismos que se abanderan bajo la conducta de un hombre político lo hacen como medio de triunfar o de vivir ellos mismos.

Para todo español hay algo de estupidez, de mentecatez, de primada en subordinarse, en colaborar en cualquiera obra cuyo fin inmediato y personal no se toca. Cabezas de ratón impenitentes jamás tendremos, *motu proprio* al menos, la noción de la relatividad de nuestra fuerza. No hay español que no se crea capaz de todo. Con un pueblo así la conquista de América es fácil; la obra social, punto menos que imposible.

MANUEL MACHADO

EL IMPULSO DE LA OPINIÓN

HABRÁ RESPONSABILIDADES

El triste ejemplo del desastre colonial por el que sólo se exigieron responsabilidades a algunos jefes del todo desafortunados, hizo creer a los culpables de la rota del 21 y a los duendes de las camarillas, que ahora ocurriría lo propio o cosa muy semejante. En ese plan se intentó poner en marcha el cotarro del pseudo-desquite, formándose el Gabinete Maura-Cierva para sostener a todo evento al funestísimo Berenguer y para aureolarle con actos de honor inusitados, a fin de congregarse en torno de la "troupe" impunita a los elementos incondicionales del régimen y a los incautos que adquieren la opinión propia en los bazares de juicios hechos.

* * *

El famoso homenaje de la estación del Mediodía, la audaz propuesta de ascenso, los hiperbólicos telegramas de felicitación por hechos que en realidad eran poco felicitables, la astuta encerrona tramada para poder decir en lo futuro que el sostenimiento del caudillo era obra de todos los primates de la política; cuanto se hizo, en suma, a partir de la constitución de aquel nefasto Gobierno, todo se realizó bajo la premeditada idea de cortar el paso a la avalancha depuradora, de tal modo que si por acaso el jefe militar hubiese tenido la fortuna de conseguir algún éxito efectivo, allí hubiese quedado extinguida, por

siempre jamás amén, la era de las responsabilidades.

Pero el éxito no vino. Los millares de hombres, los millones de pesetas y el caudal de entusiasmo que la nación puso en manos del Gobierno y del general en jefe, fueron semilla lanzada al surco estéril de una política civil y militar absolutamente desastrosa. Cayeron los soldados de España en tierras del Rif, inmolados a la ineptitud que les empleó uno y otro día en convoyes cruentos para abastecer posiciones innecesarias cuando no los encerró en algunas indefendibles y allí les dejó morir sin esperanza de socorro. Entonces fué aquella gran vergüenza, aquel enorme delito de lesa humanidad de no poderse recoger los heridos que caían a poca distancia de nuestras líneas y que eran rematados por el enemigo feroz a la vista de un ejército que con buen mando nos pudo llevar en pocas jornadas al éxito definitivo que España tenía derecho a esperar. Entonces fueron aquellas operaciones pomposamente anunciadas, que cantaron hasta desgafñarse los Tirteos de casa y boca. Entonces aquellos repliegues inconcebibles que nos costaban más bajas que la operación misma y que hacían perder por la tarde lo que a mucha costa se consiguiera por la mañana. Entonces, en fin, fué aquel culminar de la ineptitud directora, que levantó en masa la opinión de España y que

hizo inevitable, pese a todas las argucias del impunismo incipiente, la exacción rigurosa de responsabilidades.

Así las cosas inició su actuación el Consejo Supremo de Guerra y Marina que, consciente de la importancia trascendental de sus funciones, acorde con la opinión nacional y pleno de autoridad que robusteció más y más a medida que en su labor avanzaba, aplicó sanciones con el justo rigor adecuado a la importancia de los delitos, y tuvo la gallardía de medir a todos los culpables con el mismo rasero, no deteniéndose, por lo tanto, cuando en las páginas del gran proceso se dibujaba la figura del Mando, ni ante la ingerencia ministerial que, audazmente intentó cortar el paso a la depuración de la conducta del primer responsable.

Es seguro que desde muchos lugares de la costa impunita se han tendido cables con propósito de salvar a determinados naufragos; y es evidente que la justicia se sobrepuso siempre a tales intentos y sigue su marcha augusta hasta que, desde la cumbre a la sima, no quede culpa sin sanción, ni culpable sin grillete.

Y es que los tiempos han cambiado y que desde el 08 al 23 España, que quiere vivir, ha aprendido mucho.

F. HERNÁNDEZ MIR

2

La cantinera heroica

POR

ANTONIO DE LEZAMA

Sus memorias.

II

Bien puede figurarse el lector la situación física y moral de la infeliz María Gómez Gil cuando, gracias a la generosa intervención de un jefe de kabila, llegó al recinto de Monte Arruit y la sincera alegría que experimentaron los soldados al ver entre ellos aquella desventurada y buenísima mujer.

Todos rivalizaron en remediar sus dolores y en ofrecer a María las más ingenuas y conmovedoras muestras de sentimiento y pena por su desgracia.

Fuerte como un roble, llevando en su alma brava todas las virtudes y las reciedumbres raciales, María se sobrepuso a su angustia para no pensar más sino en que era una mujer española en medio de un puñado de hombres que peleaban contra un enemigo encarnizado y fanático.

Por Monte Arruit circulaban los más absurdos rumores y las noticias más contradictorias. Afirmaban algunos que las posiciones establecidas hasta Annual habían caído todas en poder de los moros, hubo quien aseguró que Melilla, cercada por una jarka formidable, estaba en trance inminente de rendirse, si ya no lo había hecho; bastantes hablaban de una retirada en medio del mayor desorden; otros, en cambio, más optimistas, decían que el Alto Comisario, con un formidable empuje de sus tropas, las más numerosas y aguerridas de nuestro Ejército en África, caminaba a marchas forzadas, arrollando al enemigo en furiosas y vengadoras acometidas.

Para unos, Silvestre estaba peleando con restos de su columna, y

esto lo apoyaban en noticias de algunos soldados que por allí pasaron como centellas; otros, por el contrario, y con análogos medios de información, daban por muerto o por prisionero al bravo General, en quien se compendaban todas las arrogancias de la raza.

La verdad es que nadie sabía nada de cierto, aunque todos se imaginaban algo gravísimo y de muy difícil remedio.

Precipitadamente, como un río, fueron llegando soldados en estado tan lastimoso que apenaba el ánimo, y el día 27, quienes guardaban Monte Arruit, y la desventurada cantinera, vieron aparecer en una horrible desbandada la columna del general Navarro,



barón de Casa Davalillo, sin cañones, que abandonaron en el camino, a las puertas mismas de Monte Arruit, sin municiones, heridos los soldados, medio reventados los caballos y mulos, destrozados los uniformes, llevando todos impreso en el semblante el dolor, la vergüenza de la derrota, el espanto del porvenir, el deseo de venganza en algunos, el firme propósito de la resistencia en unos pocos.

Los caballeros de Alcántara, a quienes mandaba el valiente Primo de Rivera, no cesaban de combatir, y con heroísmo increíble daban cargas al paso, porque sus cabalgaduras apenas podían sostener a los jinetes.

La muerte de Joaquín Sorolla

No sería este semanario, como pretende serlo, expresión de los sentimientos nacionales si no asociase su dolor al de España entera por la muerte del admirable artista valenciano don Joaquín Sorolla, cuyo nombre, universalmente admirado, constituye una de las más grandes glorias de nuestra cultura.

Hombres como el genial pintor desaparecido y como los que en nuestra patria, cada vez con mayor intensidad afortunadamente, representan manifestaciones del arte y de la ciencia, son los que nos mantienen en respeto ante el mundo. Ellos nos defienden de la desestimación de nuestra personalidad, no sólo fuera, sino, al cabo, ante nosotros mismos, que en esas muestras de eminente y vigorosa energía mental podemos legítimamente fundar optimismos que otros aspectos de nuestro vivir orgánico no consentirían.

El cadáver de Sorolla, envuelto por todos los honores oficiales—nunca mejor concedidos—, ha sido transportado a su luminosa tierra nativa. En ella el amor y la admiración de sus paisanos se desbordó en un clamoroso dolor. Valencia, la hermosa ciudad mediterránea, ha demostrado una vez más que constituye una democracia cultísima, exteriorizando, no ya por los honores oficiales, sino por el espontáneo sentimiento del

Ante los ojos, como fuentes secas de tanto llorar, de María Gómez Gil, cruzaban aquellos mozos desventurados a quienes ella quería como hijos y que en sus ingenuas charlas le llamaban madre; ante la humilde cantinera pasaban con la cabeza baja, hundida la barba en el pecho, avergonzados, muchos jefes y oficiales que poco tiempo antes la miraban altaneramente o apenas si se dignaban fijar la vista en la modesta hembra que sólo vivía para conquistar un mañana sereno a sus hijos, y que veía en los soldados seres salidos de entrañas tan pobres y tan españolas como las suyas.

Algunos, los fuertes, los dignos, los valerosos, los que siempre son iguales con mala o buena fortuna, los que en la paz son amor y en la guerra temeridad, los Primo de Rivera, los Sánchez Monje, los Espinosa, esos no, esos se alegraron de ver a María porque ésta era como hermana en la resolución y en lo abnegado de su conducta.

Espinosa, el auxiliar de Intendencia, llevó a María Gómez Gil a la cocina, y allí nuestra heroína se encontró con los cantineros de Tistutin y sus poblados, refugiados desde hacía dos días en Monte Arruit, igual que Juana Martínez, la cantinera del Batel que les precedió cuarenta y ocho horas en buscar protección en aquellos muros.

Eran tantos los heridos de la columna Navarro, que a auxiliarlos no bastaban los cuatro médicos y cinco camilleros que en ella venían, y esto hizo que María Gómez Gil, modelo de caridad y de altruismo, se pusiese a curar a quienes con las carnes atravesadas a balazos, heridos a golpe de guma o rotos sus cráneos a pedradas y garrotazos llegaban cubiertos de sangre, gimiendo con desconsuelo, presos de la fiebre, pálidos como cadáveres.

Los primeros días tuvo una relativa calma porque los moros, ocupados en llevar a sus kabilas el fruto de su saqueo, disminuyeron en número, y ello hizo pasadera la hostilidad de los sitiadores.

—Este fué el momento—me decía la animosa cantinera—de marchar a Melilla en un arranque, y aprovechando que no había tanto moro en los alrededores de Monte Arruit.

¿Por qué no se hizo? Este es un punto oscuro y en el que, seguramente, siempre prevalecería la competencia y había previ-



Manzanilla

Antibiliosa-Laxante

Tomada por las mañanas evita los purgantes y las bilis

PIDAN SIEMPRE LA MARCA
RÓMULO y REMO

Venta en todas las farmacias, droguerías y ultramarinos, al precio de 0,10 bolsa con cuatro bolsitas. Bote (forma vaso bolsillo), 1,50.

Al pueblo y a la ciudad más distante de España enviamos

por **NUEVE PESETAS**

una caja perfectamente acondicionada, con seis botes, forma de vaso de bolsillo, que contienen manzanilla para 600 tazas. Pedidos a los

CENTROS DISTRIBUIDORES: Pérez Martín y Compañía, Alcaá, 9.—Durán Sociedad en Comandita, Tetuán, 9 y 11.—Francisco Casas, Travesía del Arenal, 1.—Sucesores de E. Steinfeldt, calle del Prado, 15. Madrid.—En Barcelona: Dr. Andreu, Rambla de Cataluña, 66.—José Escuder, Entenza, 60.—Pérez Martín y Compañía, Consejo de Ciento, 341.

Solicítanse distribuidores solventes en todas las provincias. Escribid a

A. Reyes Moreno

Representante general para España y Portugal: Fuencarral, 13 y 15. Madrid.

pueblo, que sabe honrar y estimar a sus hombres eminentes y valorar los méritos verdaderos. Sorolla, que ha fijado perennemente en sus lienzos los haces de sol levantino, que con fugacidad vibraron en su pupila, que ha inmovilizado en ellos las olas del Mediterráneo con una fuerza de luz, cruel y cegadora, merece que todos los españoles le rindan tributo al terminar una vida de glorias, que no han sido sólo para su nombre, sino también para su patria.

Sírvannos estas palabras de admiración para cumplir por nuestra parte con ese alto deber.

LOS OBREROS FERROVIARIOS

Reina, según nuestras noticias, alguna inquietud entre una parte de los obreros ferroviarios, principalmente maquinistas, fogoneros, mozos de tren, guarda-frenos, guardajurados y mozos por la dilación de las Compañías en abonarles las horas extraordinarias devengadas. Han acordado enviar una Comisión a Valladolid, centro de los talleres del Norte, para acordar las gestiones a hacer cerca de la empresa.

Todos estos obreros trabajan doce horas, y pretenden cobrar la diferencia de la jornada normal.

Dibujos de Agustín.

Fotos. Gums.

Imp. Martín de los Heros, 65.

sión de los técnicos sobre el modesto sentido común de una cantinera valiente o un periodista cándido.

En la forzada inactividad de un asedio, María conversaba muy a menudo con el teniente coronel Primo de Rivera, y, en sus confidencias, la pobre mujer le contaba toda la inmensa desgracia que sobre ella había caído, y se lamentaba de las negruras que para ella le deparaba el porvenir.

Bueno y generoso, el malogrado militar tenía palabras de consuelo para su protegida, y le aseguraba, con hidalgo corazón, que



mientras él viviese a ella no le faltaría su cantina para ganarse la vida cerca de los soldados, a quienes tan grande afecto la unía.

Con bastante dificultad, aunque no tan grande como poco después, se hacía la aguada, y los soldados se aprovechaban de las manadas de cerdos que por allí andaban, y gracias a esto se comía bien en la sitiada posición. El agua era muy mala, pero aunque desagradable al paladar, bastaba a satisfacer la sed y todos se conformaban con ella.

Desgraciadamente, estas facilidades para comer y beber desaparecieron pronto, porque, a medida que volvían los kabileños de poner a buen recaudo el producto de sus rapiñas, el asedio era más estrecho, más intenso el fuego de fusilería y mayores las

(Continuó.)

AS FLOREZ

LIQUIDO AGRA-
DABLE AL PALA-

DAR UNICO QUE QUITA

EN EL ACTO EL

DOLOR

DE CABEZA



60 céntimos

EN TODAS LAS FARMACIAS